

riores, penetran en los interiores, llegan al más perfecto, que es la imaginación ó fantasía, y mediante la irradiación luminosa del entendimiento agente vienen á depositarse en el posible y se efectúa, por último, la intelección, produciéndose ó concibiéndose el verbo mental, sin que en todo este proceso hubiera corrupción, ni imperfección, ni menoscabo en las potencias del hombre, así el Verbo eterno de Dios, escogiendo por morada suya las entrañas purísimas de María, se unió hipostáticamente al cuerpo formado allí por el soberano Espíritu infinito, sin corrupción, ni imperfección concomitante, ni menoscabo de la dorada flor virginal de la Inmaculada María.

Item más: el verbo humano mental se traslada, sale del mundo intelectual al mundo real sin ocasionar la menor corrupción del organismo físico, pues de igual manera el Verbo de Dios se trasladó, salió al mundo exterior sin corrom-

per, ni disminuir, ni atenuar un ápice la pureza del benditísimo virginal vientre de la Madre.

Por otra parte, nunca ser alguno atravesará los umbrales de aquella puerta sellada, por donde, sin abrirla, había entrado el Señor. «Sellada permanecerá esta puerta, dice Ezequiel, y no se abrirá, y no entrará por ella varón: pues por la misma entró el Señor, Dios de Israel.»

¿Qué significa el profeta, pregunta el santo Obispo de Hipona, con decir: *sellada estará para siempre esta puerta*, sino que María es virgen antes del parto, y virgen en el parto y virgen después del parto?»

Que convenía al Verbo divino, el cual venía á librarnos de la corrupción, mantener incólume la virginidad de la Madre, carece de duda; que le era posible, es evidente; que así lo verificó, enséñanlo la Escritura, los concilios, la tradición, el símbolo apostólico, etc.

Qué dicta sobre esta misteriosa verdad la razón finita del hombre, puede verlo el curioso lector en Santo Tomás de Aquino, que en múltiples clásicas razones declara la congruencia de la virginidad de María (*).

Con una asamblea milanesa daré fin á esta prerrogativa de la celestial Reina, diciendo: «si no se cree á las doctrinas de los sacerdotes, créase á los oráculos de Cristo, créase á las enseñanzas de los ángeles que pregonan la verdad afirmando: *no hay palabra imposible á Dios* (**); créase al símbolo de los apóstoles, que inalterable guardó y conserva siempre la Iglesia romana.»

¡Salve, pues, Virgen purísima; salve á tí, *hosanna!*

(*) P. 3.^a, C. 28.

(**) Luc. I, 37.

VI

ASUNCION DE MARIA

No está aún declarada formalmente dogma de fe, pero sería temeraria, al menos—conforme ya en el siglo XVI enseñó Melchor Cano,—la persona que á negarlo ó dudarlo se atreviere. Juzgamos que no dista mucho el momento en que el Vaticano sancionará una creencia tan arraigada en el corazón del pueblo católico. Sobre la *definibilidad* de la Asunción hemos leído con sumo placer los resplandecientes artículos que hace algún tiempo vieron los honores de la publicidad en la insigne *Revue Thomiste* de los dominicos franceses. Los artículos se deben á la bien cortada pluma de un religioso benedictino, y con razón merecieron la aprobación y alabanza de los doctos.

¿Cabrá á la actual generación la dicha

de contemplar la esperada y anhelada solemne definición pontificia?

Sea de ésto lo que fuere, «creemos, escribe Santo Tomás, que después de su muerte fué resucitada y llevada al cielo (*la Virgen*), según lo del salmo 131 que dice; *levántate, Señor, (entra) en tu reposo: tú y el arca de su santificación*».

¡Quiá! No debía gustar la mísera corrupción el venturoso cuerpo, de quien tomó el Hijo del Altísimo lo que unió á sí con vínculos indisolubles y del que recibió aquella preciosa carne y sangre que restituyó el cielo, redimió la tierra, purificó el carcomido árbol de la humanidad, salió vencedora de los príncipes de Edón, los Poderes de Moab, los moradores de Canaán. . . . esto es, los demonios infernales. «¡Oh vientre, oh entrañas, en las que Dios encarnó, y de las que el Criador fué criador!, exclama un sabio Prelado del siglo XI. Justamente preferimos los humanos cuerpos á to-

dos los otros; mas al de la beatísima Virgen yo le prefiero también á los angélicos espíritus.»

Cuerpo tan límpido, tan elevado, tan rico, tan lleno de belleza, ¿cómo había de padecer corrupción? La corrupción sigue al pecado, y la Virgen siempre fué más pura que la sonrosada aurora.

¿Qué también la muerte es consecuencia de la culpa? Bien; la Madre de Jesús pereció como el mismo hijo suyo por causas de altísima congruencia, las cuales desaparecen en orden á la corrupción.

No le alcanzó, pues, á María la temerosa sentencia: *polvo eres, y en polvo te convertirás*.

No se mezclarán los elementos de su cuerpo con elementos extraños.

No se tañirá para él la trompeta del ángel, que dirá: levantaos, muertos, y venid á juicio.

El cuerpo de María fué el tabernácu-

lo, el arca, el sagrario, donde habitó el de Jesús; sufrió con el de Jesús; fué tras-pasado con aguda lanza como lo fué el de Jesús; junto al árbol de la cruz misteriosa fué salpicado con la sangre de Jesús. Con el de Jesús anhelaba la Virgen que en la cruz su cuerpo fuera clavado, y que con el de Jesús bajara á la solitaria y reposada tumba.

¿Qué premio habrá de recibir la que tales dolores padeció, y tales cosas ansiaba? Oír la voz alegre y dulcísima: «levántate y date prisa, querida mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, el invierno es ya pasado, las aguas y los torbellinos ya han cesado, los huracanes y aquilones dejaron de bramar; ya brotan las plantas, y los campos se visten de flores; en los valles crecen el lirio y la azucena, y los montes son orlados de gracioso verdor y delicada belleza. Ven, serás coronada; sube, pondré en tí mi trono; acércate, te revestiré de mi gloria, á tí

en cuyo seno oculté un día los esplendores de mi divinidad, después de pronunciar tú aquel *fiat* memorable por eternos siglos. Ven, hermosa Betsabé, á empuñar el cetro del Salomón divino; remonta el vuelo, águila celestial, y reposarás sobre los cedros del Líbano; sube á descansar, arca del verdadero Noé, sobre la cumbre del tranquilo Olimpo.»

Escucha la Virgen aquella voz, voz más suave que la brisa, más harmoniosa que los cantos de Orfeo, más agradable que la sonora música de Apolo. . . . ; en fin, voz dulcísima, suavísima, deleitosísima, divinísima, como la voz de un Dios.

Oída esa voz, se levanta María; hiende los aires, y los aires le dan su transparencia; llega, atraviesa la región de la luz, y la luna se coloca á sus pies, y el sol la viste con sus rayos de oro, y las estrellas, formando corona brillantísima, se ponen sobre su cabeza. Las puertas del cielo reciben la orden de abrirse. «Levantad

vuestras puertas, príncipes de la celestial corte, y elevaos vosotras, oh puertas eternas, y permitid que entre la Reina de la Gloria.»

Y entra la Virgen en el cielo, y los ángeles la ven y la contemplan más hermosa y resplandeciente que los supremos serafines, y maravillados preguntan: «¿quién es ésta que sube á nosotros del estéril desierto del mundo, llena de deleites, recostada sobre su amado? Es su gracia como la de la alborada; su hermosura como la del sol; la majestad que trae es cual la de grandes ejércitos bien ordenados, y la fragancia de sus vestiduras hinche el cielo.»

A su tiempo, los santos comienzan á cantar, repercutiendo el eco de sus voces en la inmensidad del Empíreo: «tú, gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de nuestro pueblo: bendita seas, pues por tí poseemos el fruto de la vida. ¡Salve á tí, *hosanna!*»

Y muchedumbre de lenguas cantaban á la Madre del cordero inmolado, que borró los pecados del mundo, que pulverizó el cetro de Luzbel, ángel rebelde: alabanza, gloria, sabiduría, virtud sean dadas por los siglos de los siglos. *Amen, Aleluya,* respondían millares de santos, plañiendo cítaras de oro.

VII

CORONACION

Al instante se presenció, al sentir de los místicos, un espectáculo sobremano tierno en la corte de los bienaventurados. Del amor profundísimo, que los celestiales coros profesaban á la Virgen, suscitóse entre los mismos cierta porfiada, aunque amigable y fraternal, contienda.

Cada cual anhelaba y procuraba que María fuese colocada en su coro, y pre-

sentaba los títulos, que para solicitarlo le autorizaban.

Hablan los ángeles y reclámanla para sus jerarquías, porque si, atendida la naturaleza sola, les era inferior, en cuanto á los dones sobrenaturales era muy superior á todos ellos.

Los apóstoles llámanla su maestra, su luz y guía especialísima y su tutora, que en la tierra les cobijó bajo su manto protector, y les comunicó aliento para evangelizar los pueblos y enclavar el estandarte de la cruz en medio de las naciones idólatras. Por esta razón, y, además, por ser la dignidad apostólica la más excelente en la Iglesia, juzgábanse con derecho para solicitar aquella merced.

Los mártires decían que la Madre de Dios era el espejo en que se habían contemplado para no desmayar ante los crueles tormentos, ante las persecuciones y dictérios de los tiranos y enemigos de la religión cristiana.

Pues ya las vírgenes repiten que la pureza de María excedió sin comparación alguna á las resplandecientes antorchas, que tachonan el firmamento claro, y que su título más bello el siguiente era: Virgen de vírgenes.

Ni á los simples confesores de Cristo faltaba razón para exigir que la escogida entre todas las hijas de Sion presidiera en particular su coro.

Pero ni entre confesores, ni vírgenes, ni mártires, ni apóstoles, ni entre los nueve coros angélicos está la silla de María. Se encuentra más alta, en regiones inaccesibles, á la diestra del trono donde la sacratísima humanidad de Jesús se halla sentada entre gloriosos arreboles.

Dios Padre pronuncia una palabra, diciendo: He aquí el ser más perfecto, que fabricaron mis manos, salva únicamente la humanidad de Jesús.

Dios Hijo habla así: Esta es mi Madre

amantísima, en quien hallé complacencia desde la eternidad.

Dios Espíritu dice: He ahí mi Esposa, Esposa mía queridísima.

Y Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu dicen á toda la sociedad de las beatíficos órdenes: Adoradla; élla es vuestra Reina.

Al oirse estas palabras, aconteció lo que describe un poeta:

«Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron:
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con más viva luz resplandecieron,
Y en himnos mil de júbilos triunfales
Resonaron las harpas celestiales.»

Y los ángeles y santos y todos los moradores del cielo la reverencian y adoran.

Y María queda constituída Reina del Universo.

Reina de los serafines y querubines y tronos y principados y poderes y dominaciones y virtudes y arcángeles y ángeles.

Reina de los patriarcas, en cuyo pecho moró antes que fuera criada.

Reina de los profetas, cuya frente iluminara.

Reina de los apóstoles, á quienes alimentó y nutrió con el lácteo manjar de su palabra amensísima.

Reina de los invictos mártires y de los confesores cándidos, y de las castas vírgenes.

Reina del sol rubicundo, que es lumbrera del día; y Reina de la plácida luna, que es lumbrera de la noche; Reina del lucero y de la aurora; Reina de. . . . los seres todos.

Y todos los seres os saludan, purísima Virgen, como á Reina suya adorable. Con ellos anhelo saludarte yo también, oh tú, alegría de los mortales, hermosí-

simo lirio de la sosegada primavera, violeta olorosísima de suavidad divina, rosa fresquísima de celestiales deleites. Recibe mi saludo, que nace de la mansión más secreta del alma, oh Madre de Dios y Madre mía, valle vestido de flores eternas, estrella de Jacob resplandeciente, que aclaras los cielos y la tierra; paloma, que subes sobre los ríos de cristalinas aguas. Ave, puerta real del verdadero oriente; llave esmaltada de piedras preciosas, que abres las ventanas del paraíso. Eres Reina de misericordia. Tenla, te suplico, de mí.

«Que no borre tu dicha indefinida
De tu terreno viaje la memoria,
Y no te olvides del que gime triste
En este valle donde tu gemiste.»

VIII

HERMOSURA DE LA VIRGEN

Nos referimos, como es de suponer, á la belleza espiritual. ¡Quién explicará la de María! ¡quién la conocerá ni apenas vislumbrará! Suele definirse la hermosura: es la variedad y unidad harmónicamente combinadas. ¡Qué variedad la de la Virgen, y qué unidad la de sus perfecciones variadas!

En el orden espiritual, proviene la hermosura de la gracia y dones y virtudes, y las virtudes y los dones y la gracia de María están muy por encima de las que los seres angélicos y humanos poseen. Dijimos arriba que la Reina del cielo ocupa un lugar medio entre Dios y el mundo, así de los espíritus como de la materia. Ahora, reflexionando que, según el axioma científico, lo que se halla repartido en los seres inferiores se en-

cuentra recopilado en los superiores—*quae sunt dispersa in inferioribus, sunt unita in superioribus*—, será posible á nuestra alma contemplar, como á través de una nube, la luz, el esplendor, la belleza incomparable de la Madre de Dios.

La hemos visto ya coronada en los cielos; pues, levantando otra vez los ojos de nuestro entendimiento á las regiones celestiales, veamos como resplandece élla entre los moradores de la casa de Dios.

¿Qué veis, pregunto yo á cuantos me acompañaren en esta excursión, que debiéramos hacer con frecuencia todos los hombres, ya que peregrinamos hacia la ciudad eterna; qué veis?

Allí veo, responderá cada uno, el coro sagrado de los patriarcas y profetas, que en el mundo tanto anhelaban la llegada del Redentor de Israel, y mirándole en espíritu cantaban con dulces himnos sus trofeos.

Allí el coro bienhadado de apóstoles,

quienes ostentan los lauros de haber llevado la evangélica luz á los cuatro costados del orbe y entonan alegres lauros al que vino de Esrón, teñidas sus vestiduras de bosra.

Allí el escuadrón de mártires, bañados en la colorada fuente de su sangre, que saludan tiernamente al vencedor de Israel, cantando: gloria al debelador del Averno.

Allí el ejército de nobles confesores, engalanados con la variedad de flores inestimables, cortadas de los verjeles que adornan la Jerusalén santa.

Allí la muchedumbre de vírgenes triunfadoras de Astarte impuro, que siguen al cordero sin mancha por doquier en el paraíso.

Allí veo á los ángeles de la jerarquía suprema resplandecer con la sabiduría de las cosas, según que nacen del universal principio; y á los de la segunda ó media jerarquía centellar con el conocimiento

de los seres, en cuanto provienen de sus causas altísimas; y á los de la tercera ó ínfima brillar con la idea de lo efectos, según que nacen de sus causas particulares.

Patriarcas y profetas, apóstoles y mártires, confesores y vírgenes, las tres jerarquías angélicas forman un espectáculo, que en la tierra jamás el ojo vió, ni el cielo oyó, ni al espíritu del hombre llegó. Espectáculo, que cautiva por la hermosura, admira por la grandeza, arrebatada por la armonía, y conmueve por la sonora perpetua música de aquellos dichosos ciudadanos, que sin cesar cantan y bendicen y alaban al que está sentado en el trono y al cordero inmolido, teniendo todos cítaras y copas ó incensarios de oro, llenos de perfumes.

Pero ¡ahl sobre todo conmueve, arrebatada, admira, cautiva la nívea luna, que resplandece en la Sion célica; su luz tersa y límpida sobrepuja inmensamente á

las lámparas del firmamento azul en noche despejada y apacible; su claridad obscurece á la claridad de los santos; su hermosura anonada á la hermosura de los serafines; su esplendor eclipsa el esplendor de los querubines. Extiende su manto de zafir, y cubre los elíseos campos del cielo; abre la fuente de su gracia, y riega aquel real palacio; deja correr su luz, y entre sus rayos quedan envueltos los habitantes del eterno Edén.

¿Qué quién es aquella luna? Es la Virgen, Madre de Dios y madre nuestra, anillo supremo en la cadena de la creación, obra maestra del arquitecto divino, consumada perfección, que descuella en tan halagüeño pleroma, como descuelan los grandes cedros junto á los menguados mimbres. Esa Virgen atesoró en su alma la fe de los patriarcas, la luz de los profetas, la caridad de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la sencillez de los confesores, la pureza de las vírge-

nes, el resplandor del sol, la claridad de la luna, la hermosura de las estrellas: el sol la viste, la luna la calza, las estrellas la coronan.

Quisiera, Virgen amorosísima, Madre adorabilísima, quisiera tener en mis manos el harpa de los alados serafines para alabarte; quisiera tener una pluma teñida en los arreboles de tu gloria para cantar tu hermosura, tu grandeza, tu perfección, tus maravillas; pero de todo carezco, acompañándome sólo, oh Reina celestial, el harpa y la pluma de una voluntad que os ama. . . . ¡Haced que algún día os ame y os vea y abraze en las mansiones eternas!



CAPITULO II

Consecuencia de esas prerrogativas.

Poderosa intercesión de la Virgen.

Quedan enumeradas y estudiadas, si bien con la brevedad proporcionada á nuestro plan, las más gloriosas y magníficas prerrogativas que posee la Madre del Dios humanado: divina Maternidad, Plenitud de gracia, inmaculada Concepción, Exención de culpa actual, Viginidad, Asunción, Coronación, Hermosura incomparable.

Criatura revestida de tan excelentes cualidades, tan noble y tan refulgente, por fuerza ha de gozar de influjo poderoso en presencia del Señor.

Escandalízanse los protestantes al per-